

La vida de batalla de Eduardo Acevedo Díaz

Eduardo Acevedo Díaz (h)

PROPÓSITOS

La publicación de la obra de Eduardo Acevedo Díaz en el periodismo, en la tribuna y en la política, puede servir de antecedente al estudio de los más agitados momentos de la historia del Uruguay, determinantes de sus modernos días democráticos.

En este libro figura solamente una parte de ella, la vinculada a los sucesos políticos de mayor trascendencia.

Está constituida:

Por sus artículos más demostrativos de prédica revolucionaria, publicados en “El Nacional”, de 1895 a fines de 1896;

Por sus discursos de igual carácter pronunciados en las tribunas de las asambleas nacionalistas de 1895 y 1896; Por artículos publicados en “El Nacional” relativos al proceso electoral de 1903; al triunfo de la candidatura presidencial del señor José Batlle y Ordóñez; a su expulsión del partido nacional; lo relativo a ésta y a su *Carta Política* explicativa de esos acontecimientos.

Como documentos iluminantes de su personalidad, integran, además, esta recopilación, la historia completa de su ruidoso incidente ocurrido con el doctor Julio Herrera y Obes e ignorado en sus episodios finales, y una sucinta biografía relacionada únicamente con su acción política y de periodista actuante en el Uruguay. Exclúyense la del periodismo y la de las letras desarrolladas en la Argentina, donde formó familia, vivió largos años y escribió sus novelas.

En un apéndice se reproducen los muy poco conocidos juicios de Rubén Darío y de Manuel de la Cruz sobre sus novelas.

He escrito para cada uno de estos capítulos la relación de los hechos vinculados a su acción política y los análisis críticos destinados a esclarecer su motivo conductor.

Ellos ponen en descubierto la tendencia potencial de su personalidad: fue un “moralista de acción activa”. Este punto de vista explica el porqué de la inalterada idealidad de sus actos y de la fuerza propulsora de su prédica.

Ya se conoce la suerte propia de los moralistas de acción: el sacrificio. Pero sus destinos no terminan en esta tragedia. Al agitar las almas en favor o en contra de sus prédicas, son tan necesarios a los pueblos, como el viento que retarda el avance de la corriente de la marea en los mares temibles, levantando las altas olas cuyas crestas dobladas aprisionan el oxígeno favorecedor de la vida marina.

Ese fue su fin, la inmolación, tras de haber agitado las almas con el embate de la suya. “Héroe moral” lo ha llamado Vicente Martínez Cuitiño.

Sus artículos y discursos, el relato de los sucesos, las referencias a las personas coactuantes y los juicios pertinentes, revisten, obvio es decirlo, un sentido meramente histórico y muy alejado de la intención de confirmarlos.

Interpretar la personalidad de Eduardo Acevedo Díaz en su índole connatural, es el objetivo de este libro.

“Acevedo Díaz —dice el doctor Lorenzo Carnelli— es una gloria del Uruguay. Como escritor, como político y como hombre superó al común de su época, incurriera o no en los errores que como partidario le atribuyeron. Tenían con él sus contemporáneos, por incomprensión, por negligencia, por ofuscadora intolerancia política, una enorme deuda de justicia, que ahora su posteridad se encarga de saldar.”

Murió en el silencio de sus conciudadanos. A este olvido aludió Constancio C. Vigil en su oración funeraria¹:

“¿Dónde están aquellas grandes, inmensas multitudes que lo aclamaban? ¿Y aquellos entusiasmos delirantes que sacudían, como el viento, su altivo penacho blanco revolucionario? ¿Y aquellas tempestades de vítores que subrayaban cada frase de sus arengas?

“¡Caudillo! Fue, pues, uno de aquellos hombres extraordinarios que en un momento dado condensan, definen, realizan las aspiraciones de su pueblo.

“Es preciso haber vivido aquellos días de sus triunfos y de su gloria, cuando su casa era la tienda del guerrero que ha sitiado al enemigo, y su pluma era una espada que al moverse despedía chispas y fuego, y su voz resonaba a cada instante como un clarín que concitaba a la carga, para saber quien era éste, sobre el cual pongo ahora mi dolor y mi amor como un puñado de tierra uruguaya.”

El se olvidó de sí mismo. No dejó escrita una línea que permitiera reconstruir orgánica y totalmente los hechos de su vida pública; ni siquiera citas concretas conducentes a tal fin: fechas, fuentes, referencias fundamentales.

Su *Carta Política*, escrita inmediatamente después de los sucesos originantes de su expulsión del partido, es el único documento esclarecedor; pero él da por conocidos antecedentes que hoy día es menester explicar.

Esta prominencia sobre su obra, producía, en los que vivían a su alrededor, el efecto de restarle magnitud y el de aumentar la alteza del poder creador de su personalidad.

Su elevación llegó al extremo de permitirle dar su aprecio y su amistad a algunos de los que votaron su expulsión del partido. Vinieron a él, reconociendo en conciencia su error, sin confesárselo. Nunca les exigió la mortificante explicación reparadora, ni refirió a los suyos el papel desempeñado por ellos en su perjuicio. El que esto escribe lo ha sabido casi cuarenta años después, al investigar los hechos relatados en este libro.

Era intransigente con los transgresores de los principios; tolerante hasta ese grado con los que volvían a ellos, modalidad distinta a la de los opositores sistemáticos, nacidos para destruir la creación ajena, por el hecho de serla, género de descontentos común y pernicioso en nuestras democracias, a cuya acción negativa dásele el generoso nombre de “crítica”, con desconocimiento de la elevada función de esta disciplina. Por eso, él escribió plausivas palabras sobre algunos grandes conductores de su partido, a pesar de haber ellos formado parte de los gobiernos dictatoriales anatematizados por su pluma.

Bastóle que abrazaran de nuevo los principios. En cambio, de esos grandes no oyó jamás una voz justiciera.

De la imparcialidad de este juicio, susceptible de ser desviada por la pasión filial, juzgará el lector después de examinar los hechos. El dirá si debe rectificarse la opinión corriente concretada en estas palabras de uno de sus recientes biógrafos escritas en el prólogo de una de sus novelas: “Su vida fue una constante inquietud, una perpetua disputa contra sus enemigos y contra sus amigos, una rebeldía perenne y sistemática contra algo, contra realidades y contra quimeras, contra hombres y contra fantasmas.”

A esta interpretación puede oponerse otra, la de un diario de Buenos Aires — “La Unión”— escrita a raíz de su muerte: “La inquietud de Acevedo Díaz era vivo testimonio de una superabundancia de temperamento, estimulada por una hiperestesia idealista. Porque este era el motor de las acciones de Eduardo Acevedo Díaz: hiperestesia idealista. Su sensibilidad era romántica; pero no vaya a creerse que era el

¹ Murió el 18 de Junio de 1921, no de 1924 como se escribe comúnmente.

suyo un romanticismo atrasado. Poseía el sentimiento romántico de lo actual. No se trataba de ese romanticismo literario cuyo objeto es el pasado, con formas de pasado y con sentido de pasado; era el sentimiento romántico de las cosas del momento, de las tragedias civiles y morales de su hora; así, en la política como en el arte, Acevedo Díaz se condujo románticamente; pero como esa su actitud traía un sello vital, como cosa nacida de la manera de ser más honda y más propia del hombre, imprimió en las formas y en los sucesos sobre que obró, su estilo personal. Tuvo estilo en política y en literatura. Planeaba una campaña civil con igual nobleza de ánimo y con miras tan armoniosas en extremo, como trazaba el asunto y capítulos de sus originales novelas.”

Se verá en este libro que fue un político constructivo y el más esforzado campeón del sufragio libre. No formó parte jamás de los gobiernos que lo conculcaron; no se sentó jamás en una banca de los parlamentos de los gobiernos electorales, que otros aceptaban como *modus vivendi*, o para satisfacer el deseo de dar expansión a su talento.

Mientras tanto, escribía la epopeya de su patria en el extranjero, en la pobreza, o marchaba a la guerra para conquistar el derecho suprimido.

Se dirá que el sufragio libre era la aspiración común de los buenos ciudadanos. Pero es distinto. En él no fue aspiración genérica. Batalló por el sufragio libre como propulsor de la evolución republicana indispensable al Uruguay, de aquellos días de incipiente democracia, a cambio de “los acuerdos” y “evoluciones” reprobados por él como medios retardatarios de ese progreso y substituyentes de la voluntad de los electores.

Esta fue la causa de la fatal desinteligencia con su partido o mejor dicho, con su tiempo, de tendencia “pasadista” y, por ello, sensible aún al prestigio directivo de los caudillos rurales.

Los años han confirmado su doctrina civilista, porque, como se leerá, en sus actos y en su prédica, la hubo, conductora de su política. Esta comprobación echará por tierra la idea corriente de considerarlo como un revolucionario de ínsita rebeldía.

La trilogía de los hombres de excepción —vida, obra y muerte, de uniforme naturaleza— fue en él de íntegra unidad.

Este libro está destinado a mostrarla después de casi veinte años transcurridos desde su muerte; puede decirse, de más de cuarenta, si se toma como punto de partida la fecha en que el Uruguay lo perdió para la vida democrática constructiva.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ (H.)